

SOBRE EL OFICIO DE ESCRIBIR Y SU TECNICA *

Por el doctor

Enrique E. Sigerist

—¿Qué entiende usted por literatura médica?—me ha preguntado el periodista.

—No estoy muy seguro de que haya una «literatura médica», pero sí de que hay un buen escritor y un mal escritor. Sin duda, son muchos los médicos que tienen dificultades para exponer por escrito los resultados de sus trabajos de investigación, o sus historias clínicas, y hasta sus opiniones sobre asuntos generales. En mi carácter de profesor universitario he visto de cerca el asunto, al guiar a los estudiantes en sus ensayos de redacción de trabajos médicos y científicos. Como director y editor de revistas de medicina he notado también que los colegas tropiezan muy a menudo con obstáculos gramaticales y literarios cuando consignan por escrito la opinión o síntesis de los estudios que hacen, y como todo oficio implica una técnica.

—¿Cuáles enseñanzas se derivan de los buenos escritores médicos, o mejor dicho, de los trabajos publicados por médicos que han sido buenos técnicos en este oficio?

—Como actividad científica, la medicina sigue las reglas generales que se aplican en el modo de investigar y en el modo de exponer de todas las ciencias. Lo esencial es pensar con claridad y dominar el idioma. El secreto de un buen escritor para los médicos, como para quienquiera que escriba, está en el pensar claro. No se debe escribir nada hasta que uno no se dé cuenta, con precisión y lucidez, de los problemas, hipótesis, aspectos y matices del caso que considera.

—¿Cómo ha llegado usted a formarse el estilo que le ha hecho famoso entre los médicos que escriben en inglés y en alemán?

—El buen escritor se enamora de su oficio, que es, digámoslo aunque parezca una futilidad, el de las letras. Hay que haber hecho un

* *Revista Venezolana de Sanidad y Asistencia Social*. Caracas (Venezuela). Vol. XXV, núm. 1, marzo 1960.

aprendizaje de escritor, y todo aprendizaje resulta de una maestría que se descubre y se comunica. La medicina moderna tiene sus buenos escritores en varios idiomas. Hay que conocerlos. Yo, por ejemplo, que me formé como médico alemán, hice mi aprendizaje en los escritores franceses: las historias clínicas de Charcot, las ponencias y artículos de Luis Pasteur, y la obra maestra de Claudio Bernard: «Introducción al estudio de la medicina experimental». (Nota: en España se cuentan Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón entre los buenos modelos de médico escritor; en la Argentina: José Ingenieros y Aníbal Ponce; en Francia: Alexis Carrel; en Inglaterra: Julián Huxley; para no citar más que algunos entre un escogido grupo.) En cuanto a escritores literatos, propiamente dichos, en mi juventud (comienzos del siglo xx) leí mucho a Emilio Zola y Guy de Maupassant, el segundo es un maestro de la concisión y la brevedad.

—¿Tiene usted un procedimiento favorito para elaborar sus trabajos?

—Claro; en el curso de los años me he convertido en un escritor de oficio. A mí me absorben los temas, como es la regla entre gentes de letras. Me ocupo de un tema, o de varios temas al mismo tiempo; los pienso constantemente, y tomo notas a cualquier hora del día o de la noche. Trabajo con unas hojas de papel de tamaño uniforme, y mis apuntes van a dar a carpetas especiales, donde se acumulan con lentitud.

Mi modo de trabajar, para un libro o para un artículo, es éste: cuando estoy cerca del momento de escribir sobre algo en que he meditado e inquirido, hago un esquema o índice de lo que va a ser el trabajo, en una página; sea un libro, un capítulo o un trabajo corto. Luego escribo un número determinado de páginas cada día, obra limpia, en forma para la imprenta, con sus notas. Escribo poco a poco, a mano, en unos cuadernos especiales, de tamaño oficio, que me hago cortar y engrapar. Escribo en las páginas impares, y dejo las páginas pares sólo para las notas, o cualquier corrección que ocurra hacer. Mi rendimiento diario es de unas cinco páginas, o sea, de 700 palabras, entre las nueve y las doce de la mañana. Claro que no es mucho, pero al cabo de los trescientos días útiles del año, es bastante lo que se puede producir. En la tarde investigo y medito mis temas, con fines a la tarea del día siguiente, o corrijo galeras de pruebas de imprenta.

—¿Qué opina usted, ahora que es escritor en inglés, de las modali-

dades imperantes en los trabajos médicos que se publican en revistas y libros, en U. S. A. y en Inglaterra?

—Bueno, ahora se tiende a creer que los trabajos científicos deben ser secos, llenos de datos y cifras, muy informativos y muy informes al mismo tiempo; pero esos escritos es seguro que ni los especialistas los leen con placer. En los Estados Unidos, mi país adoptivo, hay revistas médicas que cogen los artículos de sus colaboradores y los reescriben de cabo a rabo; se suele comisionar para esta labor editora a unas señoritas muy expertas, muy eficientes, que aplican una fórmula de botica, lo cual hace que dichos trabajos parezcan redactados por una misma persona. Eso es intolerable; es acabar con la libre expresión de lo personal.

—¿Cómo se hizo usted escritor en inglés, habiendo llegado a ser antes un buen escritor en alemán?

—Esta es una pregunta muy valiosa. He dicho que para escribir bien hay que pensar con claridad y dominar el idioma. En Estados Unidos los médicos nativos suelen escribir muy mal. Yo era un escritor aceptable, en alemán, con varios libros publicados, cuando me vi obligado a transplantarme al inglés, y al mundo de la cultura anglosajona.

Por fortuna, en mi caso he sentido inclinación a aprender idiomas, y desde pequeño supe bastante inglés, y ya había escrito no sólo en alemán, sino también en francés y en italiano algunas cosas. De modo que, en un principio, no me fue difícil escribir artículos. Escogí algunos autores ingleses, como hice con los maestros franceses, y me consagré a derivar de ellos las enseñanzas literarias requeridas, criticándoles y examinándolos hasta con lupa.

A mí me ha sido muy útil Aldoux Huxley, por ejemplo. Pero debo decir otra cosa: ya tengo veintidós años de experiencia de escribir en inglés, y creo que todavía me falta. Esto es cosa de nunca acabar; es oficio de toda la vida.

—¿Entonces el escritor se forma leyendo y escribiendo, aunque muchos lo olvidan?

—Efectivamente. Ese es el secreto del oficio. Leer buenos autores. Escribir diariamente. Me habla usted de que el médico escritor se forma leyendo y practicando el arte. La pregunta es medio socarrona; pero adivino que su intención es señalar la realidad, y así me permito hablar sobre las lecturas de los médicos. Creo que todo el mundo debiera leer por lo menos dos horas cada día, y obras ejemplares, prin-

principalmente. ¿Para qué leemos, los médicos y la demás gente? Me parece que la respuesta es: para aprender, para mejorarnos a nosotros mismos, para enriquecer nuestra vida y darle un sentido más amplio, y también para aprender a expresarnos del mejor modo posible. No hay que leer para «matar el tiempo», eso es como leer para matarnos a nosotros mismos; la vida es demasiado breve y el tiempo demasiado precioso como para matarlo irreflexivamente. A ratos, naturalmente, se debe leer literatura de imaginación, que hace olvidar las penas del día, y calma las amarguras, y nos permite huir del ambiente, pero esas lecturas deben llevarse a cabo, de preferencia, con escritores cuya fantasía sea noble y vital.

El médico, en general, debe leer obras selectas de la literatura universal, en prosa y en verso, de acuerdo con las veleidades de su gusto. Un médico escritor debe leer cualquier libro bueno escrito en los últimos cinco mil años. Entre mis quince y mis veinticinco años, la época de formación profesional e individual, yo leí cuanto clásico me cayó en las manos. Mi biblioteca de cabecera, cerca de la cama, es de unos 500 volúmenes, con autores de todos los países y en varias lenguas. Son libros que me han seguido a todas partes y que me dolería perder: clásicos griegos y chinos, alemanes e hindúes, rusos desde Gogol y Chejov, los franceses, el «Don Quijote», los alemanes Rilke y Esteban George, y naturalmente que los grandes poetas ingleses; y libros sobre música, arte, poesía antigua de Egipto, Babilonia y Arabia, las obras de grandes naturalistas como Alejandro de Humboldt y Carlos Darwin.

—¿Y cómo se puede leer hoy lo suficiente para estar al día y para la cultura general?

—Ese es un problema muy interesante. Como yo pienso que todo el mundo debe leer dos horas diarias, sea médico o no, el asunto no es leer bastante en poco tiempo. Desgraciadamente, soy un lector lento. Si encuentro un párrafo que me gusta particularmente, me detengo en él, lo releo, lo copio. No estoy de acuerdo con eso de «leer lo suficiente»; la cantidad de lo leído no es tan importante como la profundidad de lo asimilado. La cultura y la memoria cuando se emparejan bien obtienen beneficios.